SUPERPOBLACION, MOVIMIENTO OBRERO Y POLITICAS DE POBLACION

UN ANALISIS COMPARATIVO DE LA SITUACION COSTARRICENSE Y SALVADOREÑA

Wim Dierckxsens

Universidad de Costa Rica
Instituto de Investigaciones Sociales

Históricamente, la producción capitalista nace y se desarrolla en un medio no capitalista y a costa de éste. La expansión de la producción capitalista significa, de manera progresiva, la transformación de la clase trabajadora en una clase de asalariados. Donde con más rapidez se desarrolle el capital, más rápida será también la desaparición de las formas no capitalistas de trabajo. Así, por ejemplo, puede desarrollarse el capital con más fuerza en la industria, al ser más aplicable la mecanización en este sector, que en la agricultura, donde la naturaleza misma, en general, complica la introducción de tecnología (piénsese en el café, por ejemplo). En este contexto hay que comprender por qué, del total de la población costarricense que está ocupada en la industria, casi el 90o/o trabaja ya por un salario, frente a sólo 60o/o en la agricultura.

La transformación de la forma no capitalista de trabajo (pequeños productores independientes) en la forma capitalista, no necesariamente es un fenómeno inmediato. De ahí las frecuentes combinaciones entre ambas formas. Así, el pequeño campesino pauperizado, debido a la competencia con el capital, tratará de complementar el ingreso familiar mediante la venta de su fuerza de trabajo. En este contexto debe entenderse que muchos pequeños productores pauperizados sean, a la vez, asalariados. Además, la fuerza de trabajo no se reproduce a nivel individual, sino a nivel familiar. En este contexto, cuando el pequeño productor no puede vivir solamente de sus propios medios de producción, el trabajo asalariado de las mujeres y de los niños en épocas de cosecha -e incluso en forma permanente- les permite cubrir una parte de los costos de subsistencia. Así vemos como las familias campesinas pauperizadas, gradualmente, se proletarizan.

La destrucción de las formas no capitalistas para trabajar y su sustitución por el trabajo salarial no se desarrolla, necesariamente, en el mismo lugar. De ahí también las olas migratorias de aquellas regiones donde tiende a ser destruidas las formas no capitalistas de trabajo sin que se desarrolle simultáneamente el capital hacia los centros de acumulación donde se expande el capital. Sin embargo, la demanda de fuerza de trabajo asalariada en ejes de desarrollo capitalista tampoco se desarrolla, necesariamente con el mismo ritmo con que se genera la liberación de la fuerza de trabajo separado de todo medio de producción por la destrucción tendencial de las formas no capitalistas de trabajo. En otras palabras, la sobrepoblación generada por la acumulación originaria, no necesariamente desaparece del mercado de trabajo con la expansión del capital.

Surge entonces la pregunta: ¿Qué hace la fuerza de trabajo, separada de todo medio de producción y sin posibilidades de encontrar su equivalente en el mercado, para no morirse? Para escapar a una muerte segura, la superpoblación tiene una sola alternativa de sobrevivir, aunque sea muy precariamente: los servicios. Estos no exigen al trabajador tenencia alguna sobre los medios de producción, de los cuales ha sido separado por el proceso de acumulación originaria. Los servicios tampoco le exigen la venta de su fuerza de trabajo, para la cual no hay demanda. Para reproducir su fuerza de trabajo y para mantener a su familia, los trabajadores independientes, separados de todo medio de producción, sólo pueden recurrir a los servicios, ya que éstos no exigen otra inversión que la de la propia fuerza de capacidad de trabajo del hombre.

Debido precisamente a esta característica, la superpoblación busca su refugio en los servicios llamados "marginales" para poder subsistir. Encontramos entre ellos a los vendedores ambulantes, los vendedores de lotería, los guardaautomóviles, las prostitutas, los limpiabotas, etc.. Debido a la gran competencia, sus servicios son tan mal pagados -cuando ya han logrado encontrar clientela- que necesitan lanzar más familiares a la calle: hombres y mujeres, ancianos y niños, enfermos e incapacitados. A los niños se les puede encontrar entre los vendedores de periódicos, los limpiabotas, etc. A las mujeres entre las vendedoras ambulantes del mercado, las prostitutas. A los ancianos e incapacitados entre los músicos, los limosneros. Claro está, que donde más se concentre la población, menos tiempo se requeriría para encontrar una clientela. Con esto queda claro también que la válvula de escape para la superpoblación se encuentra, en términos geográficos, en los centros urbanos y no en el campo.

La creciente acumulación de la superpoblación en los tugurios crea, de manera incesante, nuevos y nuevos servicios. La miseria y la lucha por la supervivencia de estos infelices, los imposibilita reproducir íntegramente

su fuerza de trabajo familiar. El resultado lógico es la desintegración de la familia en este infierno de miseria. Prueba de ello son las grandes cantidades de madres solteras que sólo pasajeramente suelen tener un compañero. Esta situación llega a tal extremo que la diferencia entre ejercer la prostitución y tener un compañero es difícil establecer. Sin embargo, la pauperización no sólo conlleva a la desintegración de la familia sino también, contradictoriamente, a la familia más extensa para poder tener, entre todos los trabajadores potenciales, un ingreso más seguro y así reducir los gastos de la subsistencia al repartirlos entre varias familias.

Debido a la gran superpoblación, el capital puede explotar desmedidamente a la fuerza de trabajo y pagar salarios miserables, dejando vivir a los obreros en condiciones de vida infrahumanas. El deterioro de la fuerza de trabajo debido a la mala nutrición, las pésimas condiciones de vivienda, las espantosas condiciones de trabajo, etc., es muy acelerado y requiere la sustitución permanente de la fuerza de trabajo desgastada por otra más productiva. Pero, mientras el capital puede sustituir fácilmente la fuerza de trabajo desgastada por otra más productiva y más joven, al reclutarla en el área no capitalista en permanente disolución, se reproduce la ganancia de los capitalistas, lo que es lo esencial para ellos.

La incapacidad de los obreros de reproducir su fuerza de trabajo y de mantener a sus familias, no impide entonces la reposición de la fuerza de trabajo por el capital. La acumulación del capital puede continuar en medio de esta miseria y precisamente gracias a esta miseria florece el capital. En este contexto, los capitalistas -por más que lucha la clase obrera- no tienen real interés en conservar mejor la fuerza de trabajo, ya que al deteriorarse ésta en el primer ciclo de la vida productiva (antes de los 30 años), puede ser sustituida por otra menos deteriorada al reclutar fuerza de trabajo joven y fuera del nexo capitalista. El valor de la fuerza de trabajo, o sea, los salarios de los obreros, no necesita cubrir la reproducción de las generaciones de la clase obrera, no necesita reponer la fuerza de trabajo obrera a nivel familiar, ya que la destrucción de esa fuerza de trabajo obrera a nivel familiar es compensada por la oferta de la fuerza de trabajo liberada en el nexo no capitalista en disolución.

La tendencial desaparición de la forma no capitalista de trabajo hace disminuir las posibilidades de sustituir la fuerza de trabajo destruida o deteriorada en el nexo capitalista por otra más joven y, por tanto, más productiva fuera de ésta. Al disminuir las posibilidades de reclutamiento de fuerza de trabajo en el nexo no capitalista, los capitalistas se ven obligados a explotar los obreros también en el segundo ciclo de su vida productiva (después de los treinta años de edad). En otras palabras, entre los capitalistas nace el interés por la reproducción y conservación de la fuerza de trabajo de los obreros y de sus generaciones futuras. En la medida en que la forma no capitalista de trabajo desaparece, es necesario, entonces, la reproducción y conservación de la fuerza de trabajo a nivel familiar. En este contexto, hay que comprender la aparición y extensión del seguro social y de las asignaciones familiares.

En la medida en que se generaliza el trabajo salarial, no sólo se hace necesaria la reproducción y conservación de la fuerza de trabajo a nivel familiar desde el punto de vista de la burguesía sino, al mismo tiempo, se fortalece la posición de la clase obrera para exigírsela. Durante la época en que todavía abunda la forma no capitalista de trabajo, por más que luchan los obreros para mejorar sus condiciones de vida, sus logros tienden a ser reducidos. Esto, en primer lugar, porque su lucha reinvidicativa puede ser rota fácilmente por los capitalistas echando a la calle a los trabajadores (más) radicalizados o, inclusive, al matarlos y al sustituirlos por trabajadores provenientes del nexo no capitalista, con una menor capacidad combativa. En segundo lugar por la posición minoritaria de la clase asalariada en su lucha, que entonces adquiere el carácter de una lucha más dispersa y aislada que cuando la abrumadora mayoría de la población se ha proletarizado.

En este contexo hay que comprender como la clase trabajadora en El Salvador, por más que lucha, por más que se organice y combate, obtendrá menores logros que la clase obrera en Costa Rica, con menos combatividad. Pero, en este último país, las tres cuartas partes de la población se encuentra bajo relaciones asalariales, frente menos de un 50o/o en El Salvador. Esto quiere decir que mientras en El Salvador hay un trabajador independiente frente a cada asalariado, en Costa Rica por el contrario, hay por cada 3 asalariados apenas un trabajador independiente para poder sustituir a los primeros. La sustituibilidad de la fuerza de trabajo asalariada en Costa Rica es, entonces mucho menor que en El Salvador. Al verse restringida la abundante superpoblación, se reduce la posibilidad de sustituir la fuerza de trabajo más desgastada (los mayores de 30 años) por otra más productiva y más joven. En Costa Rica, los patronos se ven obligados a trabajar con obreros que se encuentran en su segundo ciclo de la vida productiva (30 - 45 años). No es extraño en este contexto que también la burguesía perciba el interés por la mejor conservación de la fuerza de trabajo, fenómeno absolutamente ausente, todavía, en El Salvador. Sólo en este contexto puede entenderse que en Costa Rica el 70o/o de la población está asegurada contra tan sólo un 8o/o en El Salvador, y que las condiciones de vida de los trabajadores en el último país sean muchísimo más graves que en el primero.

No hay que sorprenderse de que los capitalistas más grandes hayan sido los primeros en aceptar las peticiones de la clase obrera sobre el seguro social, el problema de la vivienda, la cuestión asalarial y en promover otras obras de "altruísmo". Son ellos precisamente (o sea, la gran burguesía monopólica en la cabeza) quienes pueden incrementar la tecnología a un ritmo mayor, mejorando de este modo su capacidad competitiva, aun cuando pagan sueldos más elevados. Para muchas pequeñas empresas, por el contrario, las cuotas del seguro y la legislación social en general, significan más bien el último golpe en la competencia. No sólo trabajan con la maquinaria menos desarrollada sino, por encima de ello, han de funcionar con la fuerza de trabajo más deteriorada, al no poder pagar salarios tan elevados. Por lo tanto, no es casual que sean precisamente estos pequeños empresarios los adversarios más grandes de toda legislación social.

La legislación social no sólo sirve como mecanismo para explotar a la fuerza de trabajo de una manera más "saludable", sino que también es un instrumento burgués que debe restar fuerza a los movimientos sociales. La seguridad social es un elemento importante de la ideología de conciliación de clases. Pretende demostrar que la contradicción entre capital y trabajo se puede resolver sin cambios esenciales en las relaciones de producción. En el preciso momento en que tiende a generalizarse el trabajo asalariado, y que aumenta debido a ello la capacidad de presión de la clase obrera organizada, aumenta la intervención del Estado en múltiples terrenos de la reproducción de la fuerza de trabajo (salud, vivienda, educación, etc.) lo que parece indicar un camino pacífico al bienestar. Nacieron las condiciones objetivas favorables para el reformismo, que mejor se cristalizan en el programa social demócrata.

Debido a la gran superpoblación, en El Salvador las empresas capitalistas pueden sustituir fácilmente una fuerza de trabajo (deteriorada o sindicalizada) por otra (más productiva y menos combativa). Por las mismas razones, los obreros se ven obligados a aceptar salarios inferiores, están dispuestos a trabajar con contratos especiales sin seguro social, soportar jornadas más prolontadas, etc.. Todo esto porque la oferta de mano de obra es muchísimo más grande que la demanda, o sea, porque hay una fuerte superpoblación.

Debido a ello, no solamente los obreros salvadoreños son muy mal pagados y viven en miseria, sino también todos los pequeños productores pauperizados (campesinos pobres) y toda aquella superpoblación que ha tenido que buscar refugio en las llamadas actividades marginales. Debido a la gran superpoblación, la suerte de las masas populares es la miseria, independientemente de si uno es proletario o trabajador independiente, hecho que les unirá más fácilmente en su lucha. La misma sustitución frecuente de la mano de obra asalariada por generaciones significa, además, la frecuente proletarización y desproletarización durante la vida de un trabajador y la presencia simultánea de diferentes situaciones de clase en el seno de las familias. Aquí no hay bases sólidas para el reformismo; al contrario, probablemente no hay otro país en Centroamérica donde más han madurado las condiciones para un movimiento revolucionario que, por lo que vimos, está en condiciones favorables de unir los productores independientes y los proletarios en la lucha, no tanto contra una dinastía (como es el caso de Nicaragua) sino contra el fundamento mismo del régimen de explotación. Los poderes imperiales han tomado conciencia de la demografía de la revolución y tratan de contenerla mediante la represión militar -en caso que se torne "explosiva"- y mediante un agresivo plan de control natal como mecanismo preventivo, hechos nítidamente observables en El Salvador.

En Costa Rica, al no disponer de una superpoblación considerable, los patronos han de pagar a sus obreros salarios que son un 33o/o más altos que en El Salvador, el país con la remuneración más baja del área, precisamente por tener una gran superpoblación. Este hecho complica, para Costa Rica, la posición de competencia dentro del área. Sus costos de producción superiores obligan a elevar la productividad del trabajo para poder seguir compitiendo. En este contexto, permiten el mayor grado de calificación y el mejor estado de salud de la fuerza de trabajo, una mayor productividad. Pero, al disminuir la superpoblación disminuyen, de manera progresiva, las posibilidades de sustitución de la fuerza de trabajo, y los patronos se verán obligados a incorporar trabajadores en el tercer ciclo de su vida activa (45 años y más). Este envejecimiento progresivo de la fuerza de trabajo, necesariamente tiende a un decrecimiento en los niveles de productividad y, en última instancia, en las tasas de ganancia de los empresarios. Estos comienzan a lamentarse que ya no hay nadie quien quiere trabajar; pero lo que quieren decir es que ya no hay fuerza de trabajo barata y productiva dispuesta a trabajar en las peores condiciones y durante jornadas muy prolongadas, para botar a la calle cuando se ha deteriorado. La fase orgiástica del capital concluyó y los empresarios recuerdan esos tiempos pasados con mucha nostalgia. Surge interés en aumentar, de nuevo, la superpoblación o al menos de disminuir su contracción. En este contexto hay que entender las facilidades de inmigración para la mano de obra barata y joven proveniente, por ejemplo, de Nicaragua. También hay que entender las actuales políticas de oposición al control natal por parte de los patronos y su clase, que viene a ser una política de mano de obra barata. En medio del revisionismo, esta política tiene ciertos márgenes, sin conducir, necesariamente, a un clima más revolucionario. De ahí también la relativa tolerancia de los poderes imperiales en esta materia en Costa Rica.